

SUMARIO

El punto de partida, por un aspirante á veterano.—La reunión contra el aislamiento, por el Capitán Subrio Escápula.—Relaciones entre el mando y las tropas.—El Decálogo del soldado turco.—Aumento de las tropas de telégrafos en Francia.—El cuadro de ascensos en Francia.

BIBLIOTECA

Pliego 42 de «Un año en el ejército italiano», por D. R. Marín del Campo.
Láminas de «Marcha de resistencia al Pico de Teide».

EL PUNTO DE PARTIDA

Para que un ejército pueda perfeccionar su manera de ser y se ponga en condiciones de dar el máximo rendimiento cuando llegue el caso de ser necesarios sus servicios, es menester que se forme en él un estado de opinión que despierte y guíe las iniciativas de los elementos que lo dirigen. Sin ello, esas iniciativas no tendrán como base más que el pensamiento y los juicios de algunos, pocos ó muchos, individuos, y por consiguiente carecerán de la oportunidad y de la eficacia debidas.

Si examinamos lo que sucede en las principales potencias militares, quedará demostrada nuestra aserción.

Alemania, que posee un ejército perfecto en sus líneas generales y un excelente alto mando, ofrece el ejemplo de una literatura militar detallista y de alcance limitado y concreto. Quedan reservados los trabajos de altos vuelos á los centros oficiales y á unos pocos escritores—no llegan á una docena—, y todos los demás se dedican á estudiar menudas mejoras en los reglamentos, en las costumbres y en las prácticas. Y es natural que así acontezca, porque siendo excelente la máquina lo único que hace falta es que sus engranajes y detalles sean renovados y perfeccionados.

El ejército francés se da también perfecta cuenta de sus necesidades. Los temas más generales y objeto de predilección de los escritores, son dos: la moral y la batalla. Con lo primero, se procura encontrar remedio al mayor motivo de debilidad, acaso el único, de aquel ejército, pero desgraciadamente nuestros colegas de la nación vecina no encuentran, ni pueden encontrar, la panacea anhelada, porque no es suya la culpa, sino del ambiente que ha creado y extendido el régimen de la nación. Y estudiando la batalla, en todo su alcance y hasta la más insignificante menudencia, hacen cuanto pueden por hacer frente al tan temido peligro alemán,

que se desvanecerá como un fantasma ó concretará como aplastante maza, después del primer choque.

Si volvemos la vista á Inglaterra, observaremos que el principal objeto de las preocupaciones profesionales lo constituyen las materias de organización, necesidad evidente en aquel imperio y que se antepone á otras muchas no tan urgentes. Justo es reconocer que el tesón y la perseverancia demostrados por el ejército en favor de una nueva organización, cuya base ha de ser el reclutamiento, comienzan á hacer prosélitos en el elemento civil, principalmente en los hombres de elevada mentalidad.

La literatura militar rusa, aunque influida por la alemana, es esencialmente nacional, ocupando en ella los primeros puestos lo que atañe á la defensa y seguridad del territorio—muy vulnerable por la extensión inmensa del Imperio, la escasez de población y la falta de comunicaciones—y el medio de conseguir que el efecto de la masa, de la muchedumbre, sea resolutivo y terminante, aunque sea á costa de pérdidas enormes.

Mucho más se deja sentir sobre Austria la acción de la literatura alemana. No obstante, los austriacos no olvidan que tienen vecinos muy fuertes, y ello es causa de que se conceda gran atención en el libro y en el periódico á la defensa nacional, en sus dos elementos, activo y pasivo.

Extraordinarios han sido los progresos del ejército italiano en los últimos veinte años, pero, sin embargo, no se encuentra todavía á la altura de otros más poderosos, porque eso es obra del tiempo, de mucho tiempo. A abreviarlo concurren las energías de la oficialidad, detallista en sus estudios, aunque no tanto como la alemana, sin olvidar, empero, las ramas más altas del arte militar, sin que, en este último concepto, se haya pronunciado la opinión en favor de las teorías francesas, ni de las alemanas, pues fluctúa entre las dos sin haber llegado á consecuencias definitivas, que impriman un caracter propio á aquel ejército, considerado en sus líneas generales.

La literatura militar norte americana presenta una particularidad que no puede menos de sorprender al europeo: está desatendido lo que se refiere al ejército en su manera de funcionar como conjunto homogéneo; y al lado de esta aparente anomalía, se descubre que la ilustración y la instrucción particular del oficial crece por momentos y supera á la de no pocos ejércitos del viejo continente. Y es que allí, dada la especial situación de aquella vastísima república, no se ha hecho sensible sino desde fecha muy reciente la necesidad de un buen alto mando y de una perfecta organización; para alcanzar ambos objetivos se requiere como preliminar un escogido plantel de oficiales, y á esa labor es á la que se consagran los militares que figuran á la cabeza del movimiento profesional.

En las repúblicas del centro y sur de América se nota, en mayor ó menor grado, una especie de vacilación, un eclecticismo. Aquellas naciones

son jóvenes, más jóvenes todavía son sus fuerzas militares regulares, y nada tiene de extraño que no se haya fijado aun una tendencia.

Prescindiendo del Japón, de donde no poseemos datos suficientes; y de otros Estados de segundo orden, bastará que recordemos que Suiza y Bélgica son también dos casos típicos de adaptación de los estudios y labores militares al medio y á las circunstancias, y más todavía Suiza que la próspera Bélgica, en la que recientemente ha asomado un principio de extranjerismo poco conveniente á aquel Reino.

La característica de nuestra literatura militar es la confusión. Al lado de obras y escritos de tendencias modernas y bien inspiradas, aparecen otros propios de un ejército embrionario; junto á investigaciones que se enderezan á un fin de reducido alcance, aunque importante, todavía se abren paso estudios de amplísimos vuelos por lo vasto de sus proporciones, pero de escasa substancia y profundidad; y, dominándolo todo, resplandece un malaventurado espíritu de copia, un censurable afán de beber en fuentes extranjeras, como si aquí no contásemos con autoridades tan eminentes como las de otros ejércitos, por una parte, y como si todo lo exótico pudiera tener buena aplicación en España, por otro lado. Este es nuestro principal defecto: ciertamente hay muchas personas ilustradas y estudiosas, que conocen mejor las instituciones militares extranjeras que las propias, y por seguir el desarrollo profesional que tiene lugar más allá de nuestras fronteras, ignoran lo que se trabaja y cómo se trabaja en España; y si por acaso lo ven, es para indagar y poner al descubierto defectos y máculas, que quedan inadvertidas cuando se examina lo ajeno, tanto por efecto de la distancia como por lamentable prejuicio.

Ni el patrón prusiano, ni el patrón francés, ni otro ninguno, pueden ser instaurados aquí sin profundas y radicales modificaciones, más aun en su espíritu y esencia que en su forma. Y es seguro que si se encargara á los alemanes, naturalizados españoles, la organización de un ejército en la península, el que crearan no se parecería tanto al del imperio germánico como al que teníamos hace cincuenta años, bien que con las reformas exigidas por los adelantos de la época.

Nuestra literatura militar, considerada en conjunto, viene á ser un término medio entre la más elevada y la más detallista de los mejores ejércitos del mundo, con la diferencia, en perjuicio nuestro, de que así como los alemanes, franceses, rusos, etc., laboran por mejorar respectivamente al ejército alemán, francés, ruso,....., nosotros laboramos llevados por el deseo de formar un excelente ejército, perdiendo de vista el apelativo *español* que debe dársele. Consecuencia de ello es que los cambios de postura que viene tomando el ejército hace años no hayan dado todavía por resultado el encontrar un punto de partida estable; y consecuencia del mismo defecto es, también, que resulten estériles en gran parte los esfuerzos, la inteligencia y la aplicación de una pléyade de oficiales cada día más numerosa.

Posee el ejército la suficiente capacidad é instrucción para no amoldarse más que á un patrón que se acomode á su manera de ser, con arreglo á los caracteres distintivos de la raza y del medio; pero no tiene educadas aquellas buenas cualidades para aplicarlas á si mismo, partiendo de su particular fisonomía. Mientras no obre con miras exclusivas á lo español, no adelantaremos con pase firme y seguro; sin que pueda achacarse la responsabilidad á los elementos directores, forzosamente desconcertados por la falta de criterio propio y definido de la masa de oficiales. Variemos nuestro modo de proceder, aprendamos á conocernos, y sólo entonces daremos con la orientación que en vano buscamos ahora.

UN ASPIRANTE Á VETERANO



LA REUNIÓN CONTRA EL AISLAMIENTO

Uno de nuestros defectos nacionales, harto lamentable en lo que al ejército atañe, es nuestro espíritu particularista, contrario y opuesto al de colectividad, al de la reunión de esfuerzos, cada día más necesarios en todos los órdenes de la vida. No solo nos encastillamos en nuestra personalidad individual, sino que acogemos con prevención y desconfianza, más ó menos justificadas, los esfuerzos é iniciativas que de vez en vez aparecen para agrupar nuestros medios de acción en beneficio de todos y cada uno.

Que los sueldos son cortos y poco desahogada la situación económica del oficial, es una verdad que á nadie conmueve á fuerza de repetirla y de su misma evidencia. Pero paralelamente á ella se destaca otra verdad que dice muy poco en honor nuestro: nada hacemos por mejorar dicha situación, y en esto, como en otros muchos aspectos de la vida, lo esperamos todo de los demás, llámese Estado ó como se llame.

En las grandes guarniciones, ¿cuanto podría conseguirse de una reunión de intereses comunes en orden á satisfacer las necesidades de alimentación, sastre, zapatero, etc. etc! Que el sastre A ó el zapatero B ó el tendero C cobran un sentido por sus géneros, haciendo más mezquino aun el seldo del oficial...; es cierto; pero ¿no podemos hacer nada para sacudir el inmoderado afán de lucro de los tales, imponiéndose el parroquiano al proveedor y no éste al primero? Si por azar aparece un entusiasta proponiendo la cooperación con una finalidad cualquiera, aun los más exaltados al principio no tardan en sentir la desilusión y el desengaño, sencillamente porque la economía es sólo de tantos céntimos ó de cuantas pesetas. Para tan mezquino provecho—se oye decir—no vale la pena de sujetarse á la asociación, olvidando que n céntimos diarios y m pesetas semanales son p duros al cabo del mes y q billetes de Banco al fin del año.

Somos particularistas é individualistas por el sentimiento de discordia que se encuentra en el fondo de cada español, y también por pereza, por no querernos molestar por nada, ni aun por lo que directa é inmediatamente nos conviene é interesa.

Si de ese terreno de índole material, pero del que no puede prescindirse, pasamos al de orden intelectual y profesional, las consecuencias son más desconsoladoras todavía. Nos reunimos en el cuartel ó donde disponga el superior, para los actos oficiales, y después cada cual marcha por su lado, sin que haya apenas roce ni relación entre los oficiales de las diferentes armas, ni aun entre los que pertenecen á un mismo regimiento ó batallón. Y, sin embargo, en ninguna profesión como en la militar es tan necesario ese roce, del que se engendra una fusión de ideas y una comunión espiritual, llamadas á manifestarse frente al enemigo, en los campos de batalla. Se efectúa el ejercicio, la instrucción, la maniobra, y una vez terminada viene la dispersión, sin que pueda tener lugar ese comentario íntimo, esa discusión familiar, que son las verdaderas fuentes de una enseñanza provechosa y de que el aprecio y la estimación se extiendan de arriba abajo y de izquierda á derecha entre todos los individuos que visten el uniforme del oficial.

La afición á los idiomas se extiende más cada día, pero es muy raro el militar que puede dar satisfacción á este anhelo; no porque su servicio se lo impida, sino porque no alcanzan sus medios á pagar buenos profesores y procurarse abundantes y escogidos libros, ni siente el estímulo de sus compañeros ni el auxilio de otros camaradas que realizan el mismo estudio. No obstante, nada más fácil que resolver este problema mediante la reunión de varios oficiales.

No podrá decirse que sea escaso el número de los sedientos de instrucción, de los que ansian perfeccionar sus conocimientos y ampliarlos á otras ramas del arte militar distinta de la que cultivan por su especialidad; pero ello no se alcanza ni con libros, ni con dinero, porque se requiere un mentor, alguien que dé una orientación segura á la labor, un experto que indique el camino y el orden á seguir. De aquí que no pocos oficiales laboriosos y distinguidos vean malogrados sus afanes, y lleguen, al cabo de algunos años de estudio, á una completa confusión de ideas y á formarse un juicio incompleto y falso de las materias que querían aprender. Y es que como siempre el individuo no puede bastarse á sí mismo. El ginete acaso haya olvidado la mitad de lo que aprendió en su Academia, pero posee, gracias á sus primeros estudios y á la guía de sus profesores, un sentido de orientación y una base, de que carecerán el infante, el artillero, etc., por más que trabajen y se describren, mientras no aparezca á su lado el oportuno consejero. Pero si todos los oficiales de una guarnición tuvieran un local donde reunirse, y se obligara en él dar conferencias orales ó por escrito á individuos de las varias armas, aprenderían más todos ellos, de

lo que no reza con su especialidad, gracias á un par de conferencias, que leyendo con detención media docena de gruesos volúmenes; porque esos libros no dan más que la parte externa, la visible, la material, mientras que el espíritu sólo se infunde de persona á persona, siguiendo un camino misterioso que á nadie, por lo demás, permanece oculto.

¿Podrá discutirse, y menos negarse, la necesidad de que todos los oficiales del ejército sean buenos ginetes, monten bien en bicicleta, sepan tirar á las armas, posean algo más que nociones de gimnasia, etc.? Mas ¿cómo lograr tan excelentes complementos físicos? Ni basta el sueldo, ni, aunque bastara, podría conseguirlo cada individuo con sus propias fuerzas. Sin embargo, el ejército cuenta en su seno con más que abundantes elementos para satisfacer esas y otras muchas necesidades, pero están dispersos y parece como si fueran patrimonio de particulares, y no de la colectividad, que es la que debe beneficiarse de todo para responder en su día ante el país y ante su propia conciencia.

¿A qué seguir? No hay organismo ninguno en el Estado que cuente con todo lo necesario para la existencia individual y corporativa, tanto material, como física, intelectual y moral, aparte del Ejército. A pesar de ello, esos medios, sino desaprovechados, pues lo están mucho y bien, no se utilizan todo lo que debieran con tendencia al bien general.

Todavía hay más: un regimiento, un batallón, un arma, un cuerpo, realizan un progreso notable, ponen en práctica una mejora, hija de la inteligencia y de la experiencia, y que redundando directamente en beneficio de la colectividad, sin que los demás cuerpos de la guarnición sepan una palabra de lo hecho. ¿Hay, en efecto, quien aprecie las ventajas de una escuela práctica de Sanidad Militar, aparte de los individuos superiores y de algunas autoridades elevadas? ¿Es que no nos importa el buen funcionamiento de los servicios de Sanidad? ¿Es que ni Sanidad, ni Infantería, ni nadie, puede bastarse á sí misma, sin la cooperación consciente de las demás armas hermanas?

Ha de cesar de una vez y para siempre ese aislamiento en que nos encontramos. Hemos de orearnos con el ambiente vivificante de los que han de ser nuestros compañeros de glorias y peligros, tal vez de aquellos con cuyos huesos se han de confundir los nuestros en una misma fosa. No somos ni siquiera vecinos, sino extraños. Sin ese espíritu de confraternidad, sin tener el alma abierta y generosa, la instrucción mas perfecta y completa dará forzosamente raquíticos frutos.

Es triste decirlo, pero es verdad; poco puede esperarse de la iniciativa individual. A las autoridades superiores compete despertar, aunque sea obligatoriamente, ese espíritu moderno. No pretendo, ni entra en mi idea, que se creen casinos y centros de reunión, que vengan á ser un café más ó menos ampliado, donde se albergue esa atmósfera letal de quietismo, de indolencia, de crítica menuda y huera, donde, en una palabra, se aprenda á perder el tiempo; nada de eso.

Un casino militar, ó como quiere llamársele si aquel nombre no parece bien, debe constar, en las grandes guarniciones, de: gimnasio, tiro de pistola, sala de esgrima, picadero, local descubierto y amplio para deportes físicos, clases de idiomas, biblioteca con recados de escribir, salas de conferencias, de juego de la guerra, etc., y otra sala para café y refrescos, pequeña y reducida á lo indispensable: nada más. Conferencias semanales obligatorias, á cargo de los diferentes cuerpos, que cuidarían de designar á los conferenciantes, si no hubiera voluntarios, seguidas de discusión, en la que intervinieran los generales y jefes superiores; juntas de gobierno presididas por un general designado por la autoridad superior y un representante por cuerpo, propuesto por la oficialidad respectiva, sin aceptarse elecciones contrarias al espíritu militar. Tales creo que debieran ser las bases de los mentados centros de reunión. No tardarían en aparecer las ventajas de ellos; y una vez establecido el contacto entre los oficiales para todo lo que merece apoyo y redundar en provecho de su cultura y eficiencia, vendrían como consecuencia las asociaciones de orden económico á que he aludido al principio de este artículo.

Hay que tener presente que los tiempos han cambiado mucho, y que si hubo una época en la que no era conveniente fomentar la asociación, por bien entendida que fuera, hoy acontece todo lo contrario. No es posible poner puertas al campo, se dice, y al mismo tiempo se debe reconocer también que la publicidad es el mejor medio de cortar y evitar que aparezcan fermentos inconvenientes, no precisamente en el sentido demoleedor ó destructor que pudiera creerse—pues afortunadamente no hay que preocuparse de semejante eventualidad, enterrada para siempre—, sino en el de engendrar la holganza, la pasividad, el falso concepto de si mismo, el gusto á no hacer nada. Todos nos creemos Napoleones y genios de la guerra, cuando nos encerramos en nuestra concha, pero si por acaso hemos de ponernos en relación íntima con otros camaradas y á unas opiniones hemos de oponer otras, y á unos juicios otros, vemos con dolorosa sorpresa que éramos más pequeños de lo que creíamos y que nuestra pretendida superioridad era un mito: eso es lo que hay que combatir. *Nosce te ipsum*, dice el viejo adagio latino, y para ello nada mejor que codearnos y compararnos con los demás, á la luz, en público, al descubierto.

Salgamos, pues, de nuestro retiro voluntario y equivocado. Nuestro ejército nada tiene que envidiar á los mejores y supera á muchos, en la suma de esfuerzos y trabajos individuales; pero éstos no rinden apenas beneficio á la colectividad, y eso es lo que hay que conseguir á todo trance, toda vez que en nuestra institución debe desaparecer el individuo y fundirse y compenetrarse con la masa. Y puesto que nada haremos por nosotros mismos, que nos empuje, que nos impulse, que nos obligue quien pueda hacerlo: iniciado el movimiento, alcanzaremos una fuerza viva de la que ahora ni idea tenemos, y sentiremos el legítimo orgullo de merecer la confianza y el cariño de la Patria.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA.

RELACIONES ENTRE EL MANDO Y LAS TROPAS

Examinando la magistral obra "Lecciones de guerra", de Moltke, la *Revue d'Histoire* escribe los siguientes párrafos acerca de la interesante cuestión de las relaciones entre el mando y las tropas.

El objetivo que Moltke persiguió durante su vida fué perfeccionar los medios de expresar la voluntad del jefe y transmitirla á los ejecutantes. Concedía una importancia capital á este asunto, que es la principal razón de ser del servicio de Estado Mayor.

No es extraño, pues, que las consideraciones que emite sobre este punto revistan un interés extraordinario.

"El enlace ininterrumpido entre el mando y las tropas es indispensable para asegurar la coordinación de todos los esfuerzos hacia el mismo objetivo; se realiza de arriba abajo por las órdenes, de abajo arriba por los partes y los informes.

"El envío de las órdenes ha de efectuarse siguiendo rigurosamente la vía jerárquica, no sólo durante las operaciones sino también en el combate. En ciertos casos puede estar justificado infringir esta regla por la dirección superior, porque el tiempo y el espacio son factores de extremada importancia; pero no es admisible que un comandante de tropas no sepa dónde están las unidades colocadas á sus órdenes, ni cuáles son las instrucciones que han recibido."

Moltke reconocía, sin embargo, que esta regla no podrá ser siempre aplicada de un modo integral, sobre todo en el combate, y admite que el mando puede verse en el caso de dar órdenes á las divisiones sin pasar por el intermedio de los jefes de cuerpo de ejército. De ese modo espera realizar una notable economía de tiempo en su transmisión; además, ve otras ventajas.

"Se podrá accionar directamente las divisiones siempre que la operación exija ponerse en marcha sin pérdida de tiempo; será frecuente que ocurra lo mismo en la batalla, donde rara vez será posible servirse de una unidad tan grande como un cuerpo de ejército para conseguir un objetivo determinado. Acontecerá, por otra parte, que á causa de circunstancias imposibles de prever, dos divisiones acoladas, pero pertenecientes á cuerpos de ejército diferentes, tengan el mismo objetivo; deberán constituir una agrupación provisional que operará necesariamente á las órdenes del más antiguo de los generales de división presentes. Por otra parte, las órdenes serán mejor comprendidas si se dan directamente á los generales encargados de su ejecución, se ejecutarán con más rapidez y mayor energía que si se envían por conducto de los generales inspectores ó de los

comandantes de cuerpo de ejército, que interpretarán, acaso modificarán, pero debilitarán seguramente la voluntad del jefe."

Moltke vuelve así á la idea de que la división es la unidad de combate por excelencia, y debe formar la base de la organización militar alemana.

Después de la campaña de 1859, el Grande Estado Mayor prusiano, impresionado por la lentitud de movimientos de los ejércitos beligerantes, creyó encontrar un remedio á este defecto en la supresión del escalón del cuerpo de ejército, y estableció un proyecto de organización general sobre esa base, sin un estudio preliminar bastante profundo.

Cada ejército debía comprender cuatro á seis divisiones de infantería y dos ó tres divisiones de caballería, constituyéndose con todas las tropas cuatro á seis ejércitos.

Esta solución pareció á primera vista muy ventajosa. Estacionada en una zona relativamente pequeña, la división puede recibir fácilmente de su jefe y bajo su impulso directo la unidad de instrucción y de doctrina capaces de hacer una individualidad dotada de vida propia, tanto en tiempo de paz como en campaña.

En otro orden de ideas, su manejo es relativamente fácil y corresponde á lo que podría llamarse capacidad media de mando. Muchos fueron, en efecto, los excelentes generales divisionarios del tiempo de Napoleón, y en cambio raros los buenos comandantes de cuerpos de ejército ó los jefes de ejército, verdaderamente dignos de este nombre, aun en aquella época privilegiada entre todas.

La dura experiencia adquirida al principio de la campaña de 1866 por el ejército del Elba y el I ejército demostró que no era posible conservar aquella organización con el crecimiento de los efectivos de los ejércitos modernos, y Moltke no pensó ya más en ello, y en 1870 sentó la máxima de que "la necesidad de formar poderosos ejércitos se antepone á toda otra consideración".

Unicamente el I ejército, compuesto de cuatro divisiones de infantería y una de caballería, pudo mantener la organización divisionaria; adoptando esta regla, el II ejército habría comprendido 16 unidades; el III, once. Estos mandos habrían sido sin disputa demasiado pesados si se conviene, con el Mariscal, que un jefe no puede mandar directamente más que nueve unidades. En cuanto al vencedor de Sedán, no vaciló, durante el cambio de dirección al norte, del 25 de agosto al 1.º de septiembre, y en razón de las dificultades del movimiento, en dar directamente órdenes á los cuerpos de ejército y aun á la segunda división bávara, suprimiendo así el escalón del mando de ejército.

Si estas tentativas no han dado los frutos que de ellas se esperaban, el ejército alemán ha sacado por lo menos de ellas una preciosa enseñanza. Ha reconocido la importancia capital del principio de agrupación permanente de todas las tropas en unidades de las tres armas, y ahora no

cuenta más que con cuerpos de tropas formados con arreglo á este principio.

La personalidad y el método de mando del jefe, preocupan en alto grado á Moltke.

“La ventaja que el jefe cree obtener por la intervención personal y constante, á menudo es sólo aparente. Se encarga entonces de funciones tan múltiples que no es capaz de llenarlas todas y, de este modo, se priva de los servicios de sus subordinados.

“Sin embargo, su papel efectivo está lejos de ser anónimo. Es más importante para él conservar un juicio exacto de la situación en su conjunto que conocer exactamente cómo ha de ejecutarse un detalle cualquiera. En medio del peligro y de la fatiga, y con la pesada responsabilidad que asume, tiene necesidad de todo su vigor físico y del más completo reposo intelectual, y es deber suyo procurárselos.

“En el combate, tampoco podrá abstraerse á las emociones de la lucha sobre todo si tiene que apreciar informes más ó menos falsos y tomar determinaciones importantes. Entonces será impelido á conceder un valor completamente exagerado á sucesos que se desarrollan á su vista.”

En esa atmósfera de incertidumbre que pesa sobre el campo de batalla ¿cuál será su guía? “Su propio espíritu de decisión. En la guerra, desde la ruptura de las hostilidades, todo es incierto, salvo la voluntad y la energía que el jefe supremo cobija en sí mismo.”

Una vez tomada una resolución, debe ser mantenida á toda costa, y todo ha de ser puesto en juego para asegurar el éxito, á pesar de las tentativas del enemigo, por lo menos hasta el momento en que la necesidad de cambiar se imponga de un modo absoluto. “En el combate, el jefe debe ser informado lo más pronto posible de los sucesos graves que puedan conducir á cambios en sus decisiones. Para esto, no debe cabalgar inutilmente de un punto á otro del campo de batalla, sino permanecer el mayor tiempo posible en el lugar que haya elegido y á donde los partes le llegarán con más seguridad y rapidez.” Nada más cierto; pero las comunicaciones han de estar bien aseguradas. Si lo hubiesen estado el 18 de agosto, Moltke no habría permanecido hasta una hora avanzada de la noche en la ignorancia de lo que había ocurrido en su ala izquierda.

Para tomar una resolución, Moltke indica de nuevo su regla habitual: “Preguntaos ante todo lo que el adversario podría emprender y que os fuese más desventajoso, y determinadlo de un modo preciso: el objetivo que os propongáis será en seguida alcanzado por la operación más sencilla ejecutada vigorosamente y sin volver á pensar en el asunto.” Los acontecimientos de 1870 dieron rudos golpes al valor de este principio.

Moltke aborda en seguida la redacción de órdenes. Desde este punto de vista es superior á Napoleón, y sus sabios preceptos han sido adoptados desde largo tiempo por todos los ejércitos.

“La dirección superior hace conocer su voluntad por directivas; es menester entender por directivas las instrucciones que el jefe da á sus subordinados en forma de indicaciones que jalonan su línea general de conducta, y no como órdenes preliminares de una acción inmediata. Forman la base de las decisiones á tomar por la autoridad que las recibe.

“De la misma manera, los jefes de ejército deben dirigir directivas y dejar á los comandantes de cuerpos de ejército la más grande iniciativa,

“Las órdenes que expidieran, día por día, á menudo desde muy lejos, llegarían á veces demasiado tarde ó no estarían ajustadas á la situación actual.

“Pero, á partir del cuerpo de ejército, todos los comandantes de unidad deben dar órdenes.

“La redacción juiciosa de las directivas y de las órdenes y la comprensión exacta de sus prescripciones forman la base del mando de tropas. Cada cual debe ejercitarse sin descanso en esa tarea, que constituye la mejor de las preparaciones para la guerra.

“Las órdenes deben ser tanto más cortas cuanto más elevada sea la autoridad de quien dimanen; cuanto más importantes son las unidades á quienes interesen esas órdenes, más iniciativa deben dejar á sus jefes.”

Moltke se revuelve contra las órdenes demasiado largas redactadas en tiempo de paz. “Si se compara, dice, las órdenes relativas á las operaciones estudiadas en el curso de las maniobras ó de los ejercicios sobre la carta, con las dadas en la guerra, llama la atención la longitud de las primeras y la brevedad de las segundas.” Tal contraste es imputable á los métodos de trabajo del tiempo de paz. Exigir órdenes demasiado completas es una grave imprudencia, porque las prescripciones importantes pueden quedar fácilmente veladas por la masa de medidas accesorias; en la guerra, donde el tiempo falta á menudo, no se ejecutan más que las órdenes claras y dadas con grande autoridad.

Se ha tratado con frecuencia la cuestión de saber hasta qué escalón será conveniente comunicar las órdenes que emanen de las unidades superiores, cuerpo de ejército ó división. Hasta cierto punto, no sería peligroso seguir el principio: “Cada uno debe conocer su maniobra”; pero la aplicación de esto es muy delicada. Bajo el pretexto de asegurar la coordinación de los esfuerzos ó con un objeto de instrucción como se hace en las maniobras, ¿se debe, por ejemplo, distribuir á cada jefe de batallón las órdenes completas del cuerpo de ejército ó de la división, cosa posible con los medios rápidos de tirar gran número de ejemplares de las órdenes de que disponen los Estados Mayores? Independientemente del secreto que debe guardarse, el resultado obtenido podría ser completamente diferente del esperado. Se puede temer, en efecto, que todos creyeran tener en sus manos los elementos de la decisión tomada por su jefe, que la interpretarían á su modo, y desde este momento la ejecución no podría menos de padecer.

Moltke ha emitido á este respecto muy prudentes consejos: "En principio, las órdenes deben contener todo lo que es necesario comunicar al subordinado inmediato para asegurar la coordinación de todos los esfuerzos hacia el objetivo á alcanzar, y nada más. No deben ocuparse en sucesos ocurridos y en la situación general, más que lo que sea indispensable para darse cuenta de su propia situación y de la conducta que ha de observarse. Por el secreto tan importante que debe guardarse, han de abstenerse de expresar los motivos, esperanzas ó intenciones y, sobre todo, guardarse de prejuzgar el porvenir. Es raro, en efecto, que puedan ser ejecutadas íntegramente. La confianza de los subordinados se quebranta, y un sentimiento de inquietud se apodera de las tropas cuando los sucesos se desarrollan de un modo diferente al previsto en las instrucciones."

Se debe igualmente abstenerse de decir: "Las tropas esperarán instrucciones ulteriores", "Marcho á reunirme con V.", "En lo posible", etc. "Si las primeras de esas expresiones tienden á paralizar la iniciativa de los subordinados y les invitan á la inacción, las segundas constituyen un índice de debilidad en el mando: lo que se ordena debe ser ejecutado, y corresponde al jefe no prescribir más que movimientos ejecutables."

Pero, las órdenes han de indicar á los jefes inferiores el objetivo perseguido, para que se esfuercen en alcanzarlo, aun en los casos en que las circunstancias exijan la elección de otros medios de acción. Pero cada escalón no debe ser informado de las intenciones de la dirección más que en la medida necesaria para realizar esas intenciones.

"En todo caso, es uno de los primeros deberes del jefe no dejar que las operaciones se desarrollen al azar, sino dar órdenes y darse cuenta de si se ejecutan y cómo se ejecutan."

"Las contra-órdenes son inevitables; si, en teoría, parecen cómodas, su aplicación encuentra á menudo grandes dificultades. ¿En qué situación van á sorprender á las tropas? Los destacamentos están tal vez ya formados, los refuerzos constituidos, acordadas las medidas de alimentación, partidos los carruajes, el combate empeñado."

"Después de una marcha adelante, no debe recomendarse prever en la orden un movimiento de retirada. Esto equivaldría á confesar á las tropas que se les conduce á una derrota, y, por otra parte, es difícil que de antemano pueda indicarse cómo se ejecutaría aquel movimiento; ello depende en gran parte del enemigo, y las indicaciones un poco precisas no podrán darse más que verbalmente y después de un examen *de visu* de la situación."

Finalmente, la orden debe ser tanto más exacta y precisa cuanto más conocida sea la situación. Las tropas y los subordinados de todos los escalones, las avanzadas y los destacamentos independientes son, por consiguiente, informados constantemente de la situación. "Las órdenes serán mejor comprendidas y ejecutadas y más completa la coordinación de los

esfuerzos si los jefes, en todos los grados de la jerarquía, se forman una imagen parecida de la situación, tanto en su conjunto como en sus detalles."

Para los partes y las órdenes se requieren las mismas cualidades de estilo y de precisión, y nunca será demasiado el insistir sobre la importancia que tiene para la dirección el conocimiento de los informes y noticias de carácter general que señalen, por ejemplo, que el enemigo no ha sido encontrado en una región determinada ó que la situación no se ha modificado.

Moltke da como modelo las directivas ó telegramas dirigidos el 22 de junio de 1866 á los comandantes del I y II ejércitos, ordenándoles la concentración de las fuerzas prusianas en la región de Gitschin, y las instrucciones dadas en la noche del 16 de agosto de 1870 después de la batalla de Mars-la-Tour.

Expone el problema que tuvo que resolver en este último caso y el método de trabajo que siguió en aquellas circunstancias para redactar las órdenes y transmitir las á los interesados.

Después de haber establecido tan claramente como fué posible la situación de todos los cuerpos alemanes, determinó el objetivo á lograr. "Importa llamar sobre el campo de batalla, y tan de prisa como sea posible, todos los cuerpos susceptibles de llegar en la jornada y asegurar el abastecimiento de municiones. Ante todo, es menester reforzar el ala izquierda hacia Mars-la-Tour, y de ahí, lanzar las fuerzas de caballería sobre los caminos de Metz á Etain y á Briey. Observar Toul. Hacia el Mosa, debe bastar la sola brigada de hulanos de la Guardia."

Tomada esta decisión, quedaba la ejecución, en el curso de la cual eran de temer los cruces de columnas: "La solución del problema presentaba muchas dificultades de redacción. Basta, en efecto, responder á las preguntas: ¿A quién? ¿Qué? ¿Cómo? ¿A quién han de enviarse las órdenes? ¿Cuáles deben ser esas órdenes? ¿Cómo hacerlas llegar á los interesados?

1.º ¿A quién?—Se trata de llamar todas las tropas al campo de batalla, porque nunca se es bastante fuerte cuando se va á emprender una acción decisiva. Las órdenes debían ser, pues, dirigidas á todos los cuerpos de ejército que se encontraban en las condiciones requeridas, sea por escrito, avisando igualmente á los jefes de ejército, sea directamente y por telégrafo, como se hizo con la Guardia y el XII cuerpo.

2.º ¿Qué?—Las órdenes por escrito debían reglar ciertos puntos particulares (cruces de columnas); pero, en los telegramas, bastaba indicar la dirección general y el objeto de la marcha; el resto era de la competencia de los comandantes de ejército ó de cuerpo de ejército, que, informados por oficiales de su Estado Mayor enviados á vanguardia, debían tomar las disposiciones más apropiadas.

3.º ¿Cómo?—Las órdenes fueron llevadas en doble expedición por

oficiales de Estado Mayor; eran muy breves y no contenían más que las prescripciones esenciales; debían ser completadas por explicaciones verbales, dadas por el oficial de Estado Mayor.

EL DECÁLOGO DEL SOLDADO TURCO

He aquí los principios que sirven de fundamento á la educación moral del soldado turco.

1.º Nuestro jefe supremo y santo, el Sultán, no nos conduce á la guerra más que contra nuestros enemigos, y no contra la población pacífica. No has de combatir más que al soldado enemigo. No has de usar tus armas contra la población que no toma parte en la guerra. Solo cuando la población del país enemigo empuña las armas, será considerada como enemiga.

2.º Combate siempre de una manera honrosa contra el soldado enemigo. No dispares contra el enemigo que se rinde ó que entrega sus armas. No dispares contra los sacerdotes del enemigo, contra su personal militar que ostenta las insignias de la cruz roja, contra los convoyes de heridos y contra los hombres armados que los escoltan. No entres en los locales destinados á los heridos.

3.º Púedese usar de astucia con el enemigo, á condición de que sea honrosa. No es admisible faltar al respeto al parlamentario ó al que lleve insignias de neutralidad (cruz roja), ni abusar del pabellón del enemigo ó del uniforme, ó servirse de venenos contra él. Estos procedimientos son condenados por las leyes divinas y humanas.

4.º No insultes nunca la religion del soldado enemigo, ni profanes ni causes daños en sus edificios religiosos. Dios manda respetar todas las religiones.

5.º No placen á Dios los actos de crueldad, ni quienes los cometen: él los maldice. Un acto de crueldad transforma á nuestros amigos en enemigos y aumenta el número y la fuerza de nuestros adversarios. La barbarie no conduce á la victoria. No tratarás mal á la población del país enemigo, ni robarás, ni saquearás sus bienes, ni le causarás perjuicios. Impedirás que tus compañeros cometan actos de esa índole. Mira como sagrado el honor de tu enemigo, y respétale como á tu propio honor.

6.º Una vez terminado el combate, apiádate de los heridos. Si te ponen de centinela de heridos, no distingas entre amigos y enemigos, y ayúdales igualmente. Un herido deja de ser tu enemigo, y pasa á trocarse en un bien que te confían Dios y tu general. Si has de vigilar á heridos, protégeles y defiéndeles con todas tus fuerzas.

7.º Trata á los prisioneros con humanidad y no te burles de su religion. No les atropelles ni les despojes. Si un prisionero quiere escapar, procura

detenerle sin hacer uso de tus armas. Llama en tu ayuda y solo en último extremo válete de las armas. El prisionero pertenece al Estado. No debes soltarle. Aunque el prisionero sea un espía, no se le puede inflingir ningún castigo sin intermedio de un tribunal militar. Está prohibido matarle y hasta maltratarle.

8.º Es un acto vituperable despojar á los prisioneros, á los heridos y aun á los muertos. El que cometa una falta de esta naturaleza será severamente castigado. El dinero y las cartas de los prisioneros y heridos son de su propiedad. Los bienes de los muertos pertenecen á sus familias, y solo te se confían como un depósito. Los bienes que se te confíen han de ser sagrados.

9.º Respeta en absoluto á todo enemigo que lleve la insignia de la cruz roja.

10.º Si ves un enemigo que lleve una bandera blanca, es un parlamentario á quien debes respetar. No dispaes contra él, ni contra el trompeta que le acompaña ni contra el intérprete. No insultes á su bandera y conúcete correctamente á tu oficial.

Soldado: si no guardas y observas en la guerra estas prescripciones, serás castigado severamente y responderás ante Dios. Has de saber que los enemigos con quienes tenemos que combatir, también tratarán con humanidad á nuestros soldados y á nuestra población. Si sigues estos consejos y sucumbes en el combate, irás á ocupar un puesto entre los bienaventurados, entre los mártires muertos por la patria. Si regresas sano y salvo á tu casa, serás honrado con el título de victorioso y héroe de la patria, y conservarás y aumentarás la gloria y el honor del nombre otomano.

¡Que Dios te conceda fuerza para cumplir todos esos deberes!



AUMENTO DE LAS TROPAS DE TELÉGRAFOS EN FRANCIA

Las tropas de telégrafos franceses comprendían un batallón de seis compañías afecto al regimiento de ferrocarriles. Cada compañía constaba de 3 oficiales y 100 hombres de tropa. Estos efectivos resultaban insuficientes á todas luces y muy por debajo de los alemanes, por lo que, una ley, fecha 30 de marzo pasado, los eleva á los siguientes:

En Francia se organiza un Regimiento de telégrafos, comprendiendo doce compañías de zapadores-telegrafistas (4 oficiales, 112 hombres y 4 caballos); una compañía de radio-telegrafía (7 oficiales 220 hombres de tropa y 7 caballos); un grupo de zapadores-telegrafistas de plazas fuertes (4 oficiales y 170 hombres); una compañía de zapadores conductores (3 oficiales, 127 hombres de tropas y 133 caballos).

En Africa, dos compañías de zapadores-telegrafistas (4 oficiales, 112 hombres de tropa y 4 caballos); una compañía de radio-telegrafía (4 oficiales, 112 hombres de tropa y 4 caballos); y un grupo de zapadores-telegrafistas de las redes del Africa del Norte (4 oficiales y 175 hombres).

Sin contar los oficiales de unidades, ni las planas mayores, dispone, pues, Francia de 1.861 hombres de tropa de telégrafos para la metrópoli y 511 para Africa, ó sea 2.372 hombres, que equivalen al efectivo de cinco de nuestros regimientos.



EL CUADRO DE ASCENSOS EN FRANCIA

Acaban de reformarse en Francia las bases que regían para la formación del cuadro de ascensos (*Tableau d'avancement*).

Los oficiales incluidos en el cuadro habrán de pertenecer a una de estas tres clases: 1.º los normalmente elegibles; 2.º aquellos que por méritos excepcionales merezcan figurar, aunque no llenen los requisitos reglamentarios; 3.º los que habiendo figurado en la lista del año anterior no hayan obtenido el ascenso, los oficiales destacados y los que siguiendo la marcha normal serían incluidos en el cuadro siguiente, siempre que haya vacantes en el que se forma para el año corriente.

El 15 de julio de cada año, el Ministerio de la Guerra dará á conocer las condiciones necesarias para figurar en el cuadro, relativas á edad y antigüedad. Los nombres de los oficiales recomendados serán propuestos por una comisión formada por el Jefe del Gabinete Militar, el Director del Arma ó Servicio, y un General de División elegido entre los que no pertenecen á la circunscripción de Paris, con objeto de evitar la eventualidad de que sean preferidos los oficiales que sirven en la capital, eventualidad que parece habia llegado al terreno de los hechos y producido hondo disgusto en la oficialidad. La comisión referida someterá al Ministro todos los antecedentes necesarios para apreciar el mérito y las cualidades de los oficiales propuestos.

